

RADICAL PLURALIDAD

Emilio Luque

La primera impresión que experimento durante la sesión es, paradójicamente, agrí dulce. Muchos de los proyectos, iniciativas y perspectivas que se presentan en el patio de La Casa Encendida me resultan *razonables* (además de admirables, inteligentes o creativos) a la luz del inmenso desafío de la crisis ecológica y climática. Pero precisamente es eso lo que me despierta un recuerdo inesperadamente amargo: el de mi adolescencia leyendo la revista *Integral* y pensando que aquel futuro de paneles solares (de agua caliente, la fotovoltaica aún era prohibitiva), alimentación basada en plantas y arquitectura bioclimática era no solo razonable sino deseable. Y, como ahora sabemos también amargamente, hubiera evitado, de adoptarse mínimamente entonces, llevarnos tan cerca del abismo... hacia el que todavía vamos corriendo cada vez más rápido, como en una versión planetaria e insostenible del coyote y el correcaminos.

La siguiente impresión es la de una variedad casi cacofónica de lenguajes, niveles y propuestas. O mejor aún, de sensibilidades, ámbitos y ambiciones. Y aquí me pregunto: ¿cómo reconocer y valorar el *compromiso* y la *radicalidad* ante esta diversidad? ¿En qué sentido, en qué medida ejemplifican las experiencias y relatos que nos cuentan las ponentes un *compromiso radical*, siendo tan distintas entre sí? No nos servirán varas de medir rígidas o unidimensionales. Voy a proponer algunas alternativas, no excluyentes: ir conscientemente hacia lo desconocido; hacer las cosas de manera incómoda; traer a las decisiones del presente a los que no están normalmente entre los que deciden; iluminar la conexiones que las relaciones económicas y de poder dejan en sombra; cambiar nuestra relación con el tiempo por la de los constructores de catedrales; reaprender a hablar y a imaginar, y, por fin, pretender, con toda la razón y frente a todo lo razonable, abarcarlo todo y ya.

La primera de ellas sería que es radical hacer las cosas de otra manera, una manera *que aún no se conoce*. Es decir, entender que la discontinuidad que supone el reto de transformación de nuestra civilización conlleva que admitir que no nos sirven los saberes y formas de organización que estructuraban nuestra vida colectiva, nuestro trabajo. Por lo tanto nos toca reinventarlas, explorarlas, descartarlas, evaluarlas, (re)crearlas.

Tomemos como ejemplo el modelo de ciudad neutro en carbono presentado por Madrid Nuevo Norte, con sus *ambiciones* medibles, en forma de compromiso con un estándar de eficiencia energética el doble de exigente de lo que marque

la normativa (si la normativa se hace más dura, nos dicen, entonces MNN se adaptaría manteniendo ese diferencial). Aquí me parece radical el que el proyecto se presenta, como muchas veces en la retórica de la arquitectura y el urbanismo, como *investigación y acción* a la vez. Pero es que, además, tiene credenciales de innovación: forma parte de los *deep demonstration projects* en el marco de la iniciativa EIT Climate-KIC. Y se impone ir siempre más allá, ser más exigente de lo que la normativa del momento exija, en términos por ejemplo de consumos energéticos por metro cuadrado.

Un segundo rasgo o dimensión de radicalidad sería el de salir del estrechísimo marco temporal de nuestra civilización (por así llamarla) occidental-capitalista. Un horizonte marcado por el cortísimo plazo de las inversiones y rentabilidades en el mercado, los ciclos políticos de cuatro o cinco años (como mucho), y eso que llaman el ciclo informativo de 24 horas. Greta Thunberg aludía al *cathedral thinking* en su discurso al Parlamento británico; es decir, al modo en que los constructores de catedrales concebían su lugar, su papel, en el tiempo; su relación con una obra que, con toda probabilidad, no verían terminada. En una escala menor, pero que apunta en esa dirección, encontramos el proyecto de *Bosque Metropolitano* de Madrid, que presenta un horizonte a diez años para cerrar una corona verde en torno a Madrid, conectada con los grandes parques naturales limítrofes, en una intervención sobre 4.300 hectáreas, con nuevas prácticas de reforestación, planeamiento y regeneración. Es fundamental que estas infraestructuras físicas den soporte a tejidos social-ecológicos integrados, no sistemáticamente rotos por formas de movilidad y por restricciones de usos que aíslan y hacen más desiguales a personas, colectivos y territorios.

Las aportaciones de las *Madres por el clima* y su revuelta escolar, representadas por Yetta Aguado, apuntan a la radicalidad de un compromiso con las generaciones futuras que nos activa en el presente. Pero también señala la unidad de la salud del ecosistema y la de nuestros cuerpos, como propone el paradigma OneHealth: reclamar espacios y aires limpios en torno a las zonas escolares es también reclamar espacios seguros para sus cuerpos, movilidad sostenible y saludable, y tiene un impacto en la salud del planeta de la que todas las nuestras dependen. Sin dejar el ámbito de las escuelas-que-son-el-mundo, Ainhoa Vélez nos trajo el movimiento de Teachers for Future Spain, heredero de El Guiño Verde, que trae a las aulas la naturaleza tanto como lleva las aulas hacia la naturaleza, tanto como método y herramienta como

a través de las temáticas que se introducen en un currículum naturalizado: el cambio climático, desde luego, pero también los otros componentes de la crisis social-ecológica: la pérdida de biodiversidad, la contaminación, la pérdida de suelo fértil. Si se come sano y ecológico en colegios a los que se llega, como veíamos antes, de forma segura, saludable y ecológica, se emplea material ecorresponsable, se generan espacios como huertos ecológicos, estaremos cambiando de manera radical la experiencia formativa de generaciones enteras.

Los cambios en las lógicas profundas dentro de las cuales operamos, muchas veces tan asumidas que las olvidamos, ofrecen una tercera fuente de radicalidad. Vemos así por ejemplo la propuesta de Mario Sánchez-Herrero, que habla de dejar atrás el lucro como motor motivacional básico de nuestra economía. Y no son solo palabras: su empresa, ECOO, pone en práctica una distribución de salarios de 2 a 1, radicalmente distinta de la existente, cada vez más desigual. Esta enorme distancia con lo existente me genera algo parecido a shock imaginativo: ¿por qué no soy capaz de visualizar una economía reorganizada en torno a estos principios? Necesito también nuevos ojos para mi imaginación.

Un aspecto más de radicalidad, en este sentido de escapar del armazón cultural del neoliberalismo triunfante las últimas décadas (para mal de tantos) sería el de escapar de la lógica de la competencia.

Hay un rasgo reiterado en la descripción de las formas de trabajo, de acción colectiva, de las iniciativas presentadas: todo son redes, alianzas, sinergias. Pero además muchos de los relatos, precisamente, son "narrativamente reflexivos", en el sentido de que son conscientes de la importancia de eso que llaman el storytelling, como destacaba. Aquí no puedo más que asentar vigorosamente, admirar la capacidad de los proyectos para desplegar estos recursos narrativos, y compartir su intuición de que cambiando las historias que nos contamos se cambia el mundo. Otro recurso lingüístico de inmenso poder de transformación social es el humor, como dejaron claro las chicas de Climabar. El humor es una bomba cultural de denuncia de lo esclerotizado, de lo mecánico calcado sobre lo vivo, como decía Henri Bergson. También nos ayuda a exorcizar los muchos demonios que despierta inevitablemente una amenaza literalmente inimaginable.

Desde esa ironía corrosiva nos habló Extinction Rebellion, que era quizá de quienes podíamos esperar una mayor "dosis" de radicalidad. Contrastan en su presentación una forma blandita (además de insincera) de traducción de la urgencia, de la emergencia, en purpose empresarial, como ahora se dice: en estrategia, en excusa, en retraso de acometer lo realmente urgente. Casi podría hablarse de una domesticación de la bestia, del amenazante hiperobjeto del cambio climático, como lo describe Timothy Morton: inabarcable en el tiempo, en el

espacio y en sus lógicas múltiples, del que solo conocemos manifestaciones locales, parciales. Naturalmente, ER lo hacía en un tono irónico que tiene un efecto devastador al contrastarlo con la segunda parte de su presentación, en la que, con una sinceridad emocionante, nos hablaban del futuro que tememos (la profecía del mal de Hans Jonas) y del que realmente queremos, muy lejos de la versión "sostenibilista" que representaban antes.

No puedo hacer justicia a esa "pluralidad radical" de la que hablaba: me dejo fuera ámbitos especialmente queridos para mí, como la ciencia ciudadana, o el mapeado de organizaciones ecologistas de Carmen Haro, y otras a cuyo acompañamiento he dedicado muchos años de mi vida como investigador: la arquitectura, o más bien los arquitectos y constructores capaces de calcular, diseñar y aplicar las soluciones constructivas, el empleo de materiales, el uso juicioso (a veces muy parecido al tradicional de otras épocas necesariamente ahorrativas) de la insolación o la inercia térmica, que minimizan radicalmente (de nuevo esta palabra) el consumo energético de restaurantes, edificios o barrios, como nos contó Iñaki Alonso. Precisamente porque se trata de enfrentarse a problemas transversales cuyas soluciones todavía están a veces por inventar, es crucial la idea, asociada a Mariana Mazzucato, de organizar la innovación por misiones (ambiciosas y orientadas radicalmente al futuro como la del Apolo que nos llevó a la Luna), como las que nos trajo Julio Lumbreras sobre las ciudades climáticamente neutrales en 2030, como acordaron Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla (hay otras misiones sinérgicas, como la de restaurar la salud de los suelos).

En este punto quiero destacar una forma de acción profunda, quizá la más poderosa, aunque no siempre tengamos la paciencia o la creatividad para impulsarla. Decía Keynes que los hombres (solían ser hombres) que se creen prácticos son a menudo esclavos de economistas (también hombres) muertos hace tiempo, porque piensan dentro de los marcos que aquéllos construyeron con sus escritos. Cómo imaginamos el futuro nos orienta en el presente: utopías y distopías son una de las formas en las que se presentan estas imágenes, pero la sociedad actual elabora constantemente imágenes de lo que puede, lo que debe, lo que se quiere ser, y nos reconstruimos en esas direcciones.

A menudo estos futuros posibles son presentados como inevitables: es esa una forma crucial de poder. Así que es aún más relevante cómo José Luis Fdez. Casadevante, Kois, arrancó la sesión con una propuesta de democratizar los escenarios del futuro, escapando de las distopías que, paradójicamente, nos disciplinan. Una imaginación política activa, ocupada por la ciudadanía desde dispositivos de participación y movimientos, ha de oponerse a los escenarios del control corporativo de la vida y su soporte biofísico, del

crecimiento económico imposible, del colapso temido pero no procesado ni evitado. Hemos de ser capaz, en palabras del ponente, de ver el árbol en las semillas a través de la "mirada apreciativa", yendo más allá de la crítica de las experiencias del presente, sino aprendiendo a visualizar en ella su potencial si se desplegaran, si encontraran todas las condiciones y apoyos para su florecimiento. De nuevo la cuestión clave de la visualización, como la que exploraron en el taller con el autor y dibujante de cómic y viñetas Miguel Brieva. Recordemos que la inmensa mayor parte del arsenal de esa batalla de imágenes de los futuros posibles no está precisamente en manos de los que quieren construir estos mundos alternativos, imaginar la esperanza (no una imposible reproducción del presente).

Retomo, para acabar, aquella primera reacción de la que hablaba ante la diversidad de propuestas, de niveles y lenguajes. Y me doy cuenta de que esta sesión ha puesto sobre la mesa una fuente inescapable de compromiso y de radicalidad: la necesidad de reconstruirlo todo a la vez y a toda prisa: cómo nos alimentamos, vestimos, hablamos, cobijamos, movemos, calentamos, educamos, entendemos, sentimos. Las fibras textiles de algas de Pyratex que nos presentaba Pilar Tejada, los menús 2030 que nos compartía Nani Moré y su cocina climática, que hace de la alimentación para colectividades una práctica más saludable, sostenible y justa; la reinención de las formas de hacer en el ámbito del arte y la cultura hacia su descarbonización, como nos contó Laura Pando sobre Julie's Bicycle: nada humano le puede ser ajeno al compromiso con el clima.

Empecé la sesión desde una cierta contradicción que no podía resolver. Estaba, como dicen en inglés, de dos mentes: por un lado me parecía que lo radical no "escala", no se extiende, hasta que no llega a ser exactamente lo contrario de radical: es decir, se hace normal, y sus prácticas cotidianas no parecen radicales ni requieren más compromiso que el de resolver los problemas del día a día. No desaparecen: se disuelven en una nueva normalidad, esa frase presuntamente postpandémica que en realidad describe lo que le pasa a la normalidad todo el rato: que cambia constantemente sin que seamos demasiado conscientes de ello.

Pensaba también, frente a esto, que lo radical es necesario porque abre el espacio de lo posible al ampliar lo imaginable. Los politólogos hablan de la ventana de Overton para describir ese espacio de lo aceptable entre el abanico de las políticas posibles para enfrentarse a determinado problema público. Esta ventana está delimitada, precisamente, por lo que se considera en cada momento radical, más allá de lo cual está lo impensable. Dentro de la ventana están los discursos de lo sensato, de lo razonable, de lo popular, y de lo que ya se hace en ese mundo de las políticas y las regulaciones. Es esta la ventana que hemos de ensanchar rápidamente. Porque después de asistir a esta sesión, entiendo aún más claramente

que tendremos que seguir aprendiendo unas de otras cómo comprometernos, cuando lo radical coincide con lo razonable.

